

# Las paradójicas relaciones entre identidad, inclusión y exclusión.

Alberto Hidalgo Tuñón

Universidad de Oviedo, Director del IEPC en Asturias

*Se recogen aquí las palabras introductorias a las Jornadas sobre “Identidad cultural como factor de exclusión social. El papel de la cooperación al desarrollo”<sup>1</sup>, que sirvió para presentar ante la sociedad una situación paradójica donde las haya, a saber, que la misma idea que sirve para nuclear todo proceso de inclusión e integración social produce alternativamente los gérmenes de la exclusión.*

Somos perfectamente conscientes de que no bastan los discursos bien intencionados para fomentar el espíritu de solidaridad con los países más empobrecidos o para cambiar las actitudes de las poblaciones autóctonas ante los inmigrantes de diferentes orígenes y procedencias geográficas. Una vez que los ideales de libertad e igualdad han arraigado en una sociedad cobran carta de naturaleza y son utilizados como mecanismo de defensa contra los recién llegados que se hallan en obvia desventaja legal, social y cultural. La naturalidad con la que las construcciones de artificiales “nosotros” se convierten en murallas inexpugnables para “ellos” fue vividamente explotada en la reciente y cruda campaña electoral que hemos vivido en España durante los primeros meses de 2008. Hemos podido comprobar la fragilidad del discurso teórico de la inclusión cuando debe enfrentar *prejuicios* bien arraigados, *temores* ancestrales ante el otro o simplemente *calumnias mil veces repetidas* que cobran carta de evidencia ante ciertas masas enfervorizadas o para lectores envenenados por conjeturas virtuales sostenidas con proterva contumacia por ciertos escritores de política-ficción (autoproclamados periodistas), avezados a suplantar los datos con pseudo-evidencias perogrullescas elevadas al rango de verdad por la sacralización de la letra impresa.

A quienes no les cabe en la cabeza que un partido como el PP, llamado a desempeñar tareas de gobierno en el turno que las urnas le concedan, se haya atrevido a alimentar *prejuicios xenófobos* por puras razones electorales, pasando por alto el elemental dato de que nuestro crecimiento económico desde el 2001 se alimenta precisamente de la mano de obra inmigrante, porque la estamos aprovechando del mismo modo que antes hicieron Alemania, Francia, Holanda o Gran Bretaña (como sabe perfectamente cualquier ciudadano medianamente informado), conviene recordarles, que, al margen de la obvia rectificación que debería hacer el

---

<sup>1</sup>.- CONGRESO: Identidad cultural como factor de exclusión social. El papel de la cooperación. Oviedo 2007. Organizado por el Instituto de Estudios para la Paz. [www.universidadabierta.org](http://www.universidadabierta.org)

mencionado partido si hubiese tenido que asumir la tarea de gobernar, el *problema de fondo* es muy complicado teóricamente y suficientemente enrevesado en la práctica para generar por sí mismo discursos alternativos de difícil manejo y solución. De hecho, por una suerte de prejuicio xenófobo “residual” que todavía anida en quienes no hace mucho abrigaban fuertes prejuicios contra los “curritos” españoles, algunos gobiernos comunitarios criticaron las regularizaciones “made in Spain” que ellos mismo practicaron con asiduidad en la década de los noventa sin ir más lejos, lo que, por cierto, de manera “nada patriótica” fue utilizado por la oposición contra el gobierno de turno. Basta, pues, un poco de “salsa electoral” para que aparezca un sabroso revuelto de racismo y xenofobia aderezado con la *especie especiosa* de la legítima defensa de los intereses de los más débiles. Aunque ya sabemos que no se pueden pedir peras al olmo, sería muy conveniente que nuestros responsables políticos fueran mucho menos frívolos y más prudentes, por más que no sea eso lo que les piden los *forofos* de las bancadas o esperan los *media* partidarios.

Pero vayamos al meollo de la contradicción, recogiendo para ello una formulación paradigmática y actual, la que nos ofrece el filósofo alemán de Karlsruhe, Peter Sloterdijk, cuando trata de explicar porqué todas las grandes culturas que han perdurado han prestado especial atención a los pobres, menesterosos y desarraigados, reprimiendo incluso el mecanismo de la escalada de la violencia que alimentó su propia ambición o su envidia en los momentos originarios. La razón es, según él, puramente morfológica, aunque a mí me parece más bien funcional. Las grandes esferas, como los reinos, los imperios y las iglesias universales sólo son capaces de salvaguardar duraderamente su *forma esférica* cuando dejan de apostar por la guerra, la violencia sacrificial y los horrores divinos. Yo creo que se trata de conservar no sólo la forma, sino también la materia, el poder, el liderazgo y la hegemonía. Quienes actualmente denunciamos el error estratégico de Bush II al proclamar una guerra «infinita» contra un «enemigo informe», carente de estructura, lo hacemos sobre la certeza de que tal *deformación belicista* acabará dañando forzosamente no sólo a lo que tiene forma antes que a los que carecen de ella, a las esferas estatales desestabilizadas que a las células terroristas y apátridas, pero también porque estamos seriamente preocupados en razón de que tales acciones bélicas deslegitiman funcionalmente nuestros valores (la libertad y la igualdad sin ir más lejos) y las formas de vida democráticas que creemos, en principio, mejores no *per se*, sino porque son más participativas.

Ambas explicaciones son compatibles con la constatación de Sloterdijk, de que desde Hammurabi en Babilonia y Amenemope en Egipto, pasando por Roma y el Cristianismo y desembocando en el plan Marshall (o en el espíritu cooperativo de Franklin Delano Roosevelt, como nos recordó Mayor Zaragoza en su ponencia), por no citar a las modernas formulaciones

de los derechos humanos, «los grandes cuerpos políticos adquieren inclusividad creciente en tanto se abren paso hasta una ética que expresamente concede su protección a las víctimas actuales o potenciales— a los débiles o a los extranjeros — (no cuando las produce o las causa)... El clima de la inclusión es el comienzo del *ethos* universal»<sup>2</sup>. La universalización de la globalización pasa hoy, así pues, por las políticas de una inclusividad creciente o acabará disolviéndose en particularismos enfrentados.

A partir de esta constatación se plantea claramente la paradoja de la que pretendió escapar Bush II, acelerando la historia en un sentido escatológico (seguramente porque creyó vivir en la plenitud de los tiempos), atacando para ello de forma convencional a Estados convencionales conformados esféricamente, sin darse cuenta de que la destrucción de las esferas es lo que abre las puertas al «terrorismo informe». Es verdad que, aunque Bush II no hubiese actuado como bombero incendiario en Irak, la paradoja de la inclusión seguiría planteándose al imperio pretendidamente incluyente de los derechos humanos en los términos que vaticina Sloterdijk, por lo que, después de todo, quizá no haya sido del todo desafortunado que se haya producido lo que muchos llaman la *escisión de Occidente* entre Europa y USA: «Pertenece a la política climática de los imperios estables — augura Sloterdijk — prometer asistencia a los necesitados y hacerse cargo de los amenazados y perjudicados». Es obvio que Bush II, iluminado por la divinidad misma, no suscribe esta idea ni la tesis de la genealogía de la moral de Nietzsche, pues para él no es el resentimiento de los perdedores lo que genera la moral, sino la voluntad divina. A Bush II la necesidad que tiene occidente de articular políticas de Ayuda Humanitaria y Cooperación al Desarrollo debe parecerle una suprema estupidez, pues los elegidos de Dios gozan de los bienes terrenales porque son buenos, de modo que no tienen que hacerse perdonar por su obvia superioridad. No hay nada extraño en que USA tenga el porcentaje más bajo de AODs entre los países que conformamos la OCDE y a mí no me parece nada mal que el Presidente español Rodríguez Zapatero quiera marcar las diferencias con el imperio precisamente en este punto: dando el 0,7 del PIB para cooperación.

Es cierto que el 0,7 % no soluciona los problemas y apenas sirve de venda para las venas abiertas del Tercer Mundo. En realidad, los imperios estables no pueden limitarse a repartir migajas; deben acabar diluyendo en el seno de sus tibias esferas incluyentes a todos los necesitados que lo soliciten (como ocurre con los inmigrantes), so pena de no poder mantener su *forma esférica* en la que todos los puntos tienden a la homogeneización y, sobre todo, por la amenaza de que no hacerlo significa renunciar a su *ethos* universalista. Pero (tal como la enuncia Sloerdijk) «ese *ethos* conlleva la paradoja de que el mismo produce, a su vez, *efectos*

---

<sup>2</sup> Peter Sloterdijk, *Esferas II, Globos. Macoesferología*, Editorial Siruela, Madrid, 2003, p. 171

*exclusivos*, ya que ha de declarar como adversarios a grupos integristas o pueblos obstinados que no quieren diluirse en la civilizada tibieza del imperio. Así, precisamente el *universalismo ético* choca en todos los frentes posibles con los *límites estructurales de la inclusividad generadora de paz*. De hecho, climas interiores suaves sólo se desarrollan en principio y la mayoría de las veces detrás de muros firmes, y en el intento de exportar los estándares climáticos suaves la violencia imperial traspasa en mayor o menor medida la cubierta pacificada»

Sabemos que con este dilema viven todavía hoy las grandes religiones inclusivas, las doctrinas sapienciales y los imperios universales que se extienden pluri-nacionalmente. Está por ver, sin embargo, si los derechos humanos universales que pretenden aplicarse distributivamente desde 1948 a todos y cada uno de los especímenes humanos van a sufrir la misma limitación. Y justamente en este punto aparece el problema de la identidad cuando deja de ser un rasgo identificador de individuos descritos en su singularidad idiosincrásica y comienza a aplicarse a grupos, clases, comunidades, pueblos y naciones que son las verdaderas formaciones esféricas en las que nos articulamos los seres humanos, en tanto que seres sociales. Pues bien, lo que parece desprenderse de las ponencias reunidas en este volumen no son limitaciones estructurales y abstractas como las que plantea Sloterdijk, sino más bien *deficiencias materiales concretas* y específicas, promesas incumplidas, engaños sistemáticos de quienes predicán la inclusión y practican la exclusión, bien sea respecto a los inmigrantes o respecto a los países menos desarrollados. Los problemas de la exclusión generados por las identidades no provienen tanto de las formulaciones mismas o de las normas relacionadas con los derechos humanos, cuanto de su violación sistemática por parte de los poderes fácticos.

La denuncia de la hipocresía del uso políticamente correcto que hacen los grupos nacionalistas (sean españolistas o catalanistas) de las identidades culturales sirve a Manuel Delgado para proclamar el individualismo rebelde e irredento de quienes sociológicamente son meros transeúntes y sólo quieren que les dejen en paz. La acidez con que Delgado vitupera el pensamiento políticamente correcto y las buenas intenciones de quienes predicán la solidaridad debe ser contemplado como algo más que una mera ironía polémica. Sin embargo, como el mismo sabe y reconoce, la solución del callejero transeúnte que esquiva la mirada es imposible de articular realmente por la sencillísima razón de que los transeúntes son *el público* que está instalado en *lo público* que administran quienes *publican*, como el propio Delgado. De ahí que el análisis antropológico deba ceder el puesto por un momento al proceso de *construcción social de las identidades culturales*, como yo mismo propongo en mi ponencia. Sólo si somos conscientes del modo operativo mediante el que construimos los conceptos estamos en condiciones de *deconstruirlos* críticamente. Su propia experiencia de Comisario embarcado en

un experimento imposible, debiera haberle convencido de que no siempre los *actantes* son *actores*.

Ahora bien, la construcción social de las identidades culturales no se compadece bien con el *regressus* a una situación originaria en la que la solidaridad se conforma como un invernadero sin paredes en la que los próximos se auto-albergan al tiempo que se aíslan, como sugiere Sloterdijk que ocurre en las sociedades primitivas: «La diferencia primordial topológica entre interior y exterior (entre-nosotros y no-entre-nosotros) se impone en principio sin señalizaciones materiales sólidas: sobre ella descansa el mágico universo de las identidades... grupos que viven juntos producen por su campo de proximidad un clima interior que funciona para los habitantes como un nicho ecológico privilegiado»<sup>3</sup>. Pero esta situación originaria y desterritorializada no se da ni siquiera en África, cuyas economías como muestra bien el análisis de Tshimpanga Matala Kabangu se parecen mucho más en su funcionamiento tanto interior como exterior (colonial) a la solidaridad imaginaria y programada de los grupos de intereses que caracterizan a las modernas sociedades de masas. No hace falta resucitar el marxismo para entender que las relaciones de Occidente con las esferas territoriales africanas, más que de exclusión, son de explotación. No es cierto que la economía de Africa no esté integrada en la globalización, pues sus materias primas siguen abasteciendo los mercados de las metrópolis en las mismas cantidades que en la época colonial; son los africanos los que están excluidos de la gestión y administración de sus territorios, de modo que las políticas de cooperación son estructuralmente “incoherentes”. Se puede decir más alto, pero no más claro.

Nos cuesta admitir, no obstante, que contra las situaciones de exclusión nada pueda ya la tradición ilustrada que ponía el máximo énfasis en la educación y no hay nada extraño en el hecho de que sobre este tópico se centrara una parte sustancial de la discusión. Siguen siendo, no obstante, los países latinoamericanos (quizá por la forma liberadora en que los ideales ilustrados influyeron en sus procesos de independencia) quienes más énfasis ponen en los efectos catárticos de la educación, como pusieron en evidencia tanto la lección histórica de Rafael Morla sobre el caso de República Dominicana, como las experiencias mexicanas que la cubana Coralia Pérez-Maya analizó desde el punto de vista de las ciencias de la educación.

Magníficamente coordinada por Esteban Tomás Navarro (de AESCO) los asistentes tuvieron ocasión de conocer tres interesantes experiencias sobre la posible incidencia de la “educación intercultural” en la “exclusión social”, que fue el tema de la primera mesa redonda. Mientras José Antonio Díaz (Presidente del MPDL-Canarias) analizó su dilatada experiencia

---

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 179

como docente con alumnos canarios en aulas con más de seis procedencias culturales, Ángel Felpeto Enríquez (Vicealcalde de Toledo y Concejal de Educación y Cultura del Ayuntamiento de Toledo) presentó el bien articulado plan de educación multicultural puesto en marcha en la Comunidad de Castilla La Mancha. El primero desveló que, contra lo que las imágenes mediáticas venden, son más violentos y conflictivos los chicos ingleses que los colombianos y los senegaleses en los centros públicos canarios, mientras el segundo puso en evidencia las graves deficiencias de nuestro sistema educativo, lo que da cancha para articular políticas municipales adaptadas al territorio como hacen en Castilla-La Mancha. Por su parte, Juan Benito Martínez, Profesor de la Universidad de Murcia y Secretario del Observatorio de la Exclusión Social de la misma constató críticamente la paradoja arriba mencionada. Los indicadores culturales que sirven como factor de integración comunitaria para los inmigrantes pueden convertirse con facilidad en estigmas sociales para las poblaciones de acogida, favoreciendo la formación de guetos.

Otro tono, sin duda, tuvieron las contribuciones desgranadas a lo largo del día 9, que se abrió con una diatriba del catedrático de Psicología social Anastasio Ovejero contra la globalización como causa de la exclusión social. Los apasionados ataques contra el fantasma de la globalización provocan sin duda el dulce éxtasis del exorcista que ha encontrado un demonio a su medida, pero tiende a ocultar, tras la crítica radical, la autocomplacencia culpable de quienes formamos parte del problema como consumidores satisfechos más que de la solución. A falta de una revolución que llevarse a la boca, queda el consuelo de deslegitimar los esfuerzos, tan denonados como inútiles, de las almas bellas socialdemócratas que nos resistimos tanto a la desesperación romántica como al *dolce far niente*.

En este sentido tuvo efectos reconfortantes la segunda mesa redonda dedicada al relato de “Experiencias migratorias de incorporación a la sociedad de acogida”, sobre todo, porque dieron la palabra a los que habitualmente no la tienen en estos foros: los propios inmigrantes. Así, la proyección del cortometraje "Carta África", producida por la Red EMA-RTV y Premio Andalucía sobre migraciones 2004, abrió los ojos de los asistentes a las experiencias narradas por un inmigrante que nos mira con ojos diferentes. La presentación realizada por su editora, Agnes Hoff, que salpicó su intervención con recuerdos personales de sus experiencias de inmigrante alemana en España (otra perspectiva anómala) resaltó ese mundo sensible de los afectos y las emociones, en los que todos nos reconocemos como miembros de la misma especie perteneciente al phylum de los mamíferos de sangre caliente. Tras esto, la seria, rigurosa y sentida intervención del doctor Brahim Ould Ahmed Mahmoud del Ayuntamiento de Novadhibou (Mauritania), describiendo la situación de los inmigrantes sudafricanos hacinados en fronteras inhóspitas soñando con paraísos inexistentes por escapar del hambre y la miseria y

los pocos medios habilitados para generar verdaderos programas de desarrollo en origen, tuvo el mérito de hacernos descender del globo al desierto. ¿No merece en este contexto la pena apoyar a los ciudadanos organizados que se resisten a emprender el camino de la emigración y luchan por articular una ciudadanía responsable y participativa en sus países de origen como medio para erradicar no sólo la pobreza material, sino también la miseria intelectual, como proclama M<sup>a</sup> Teresa Centeno de la UPEL en Venezuela? Bajo la excelente presentación y puesta en escena de la mesa realizada por nuestra compañera Teresa Arranz Pascual (Coordinadora de AD-Los Molinos), la mesa concluyó con la lectura de unos versos improvisados del poeta venezolano Nelson Algomedá, que se recogen en el CD.

En este clima recalentado de euforia compartida o, como dice de forma algo pedante Sloterdijk, de “esferopoéisis”, la conferencia de Federico Mayor Zaragoza, invitando a la acción (“*Educación, desarrollo, integración: es tiempo de acción*” prometía el título) tuvo la virtualidad de forjar ante los presentes esa mirada, el auténtico *eidos* griego, que permite atisbar un *mundo diferente* que resulta posible gracias a la minúscula acción de cada cual. Como el viejo héroe de familia que vuelve a casa tras una enrevesada y peligrosa travesía internacional, Mayor Zaragoza fue desplegando, sin mirar un solo papel, un discurso tan coherente como vitalmente sentido. Tomando como guía la idea de “prevención”, que el Vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado, Antonio Cueto, le puso en bandeja, el ex Director General de la UNESCO fue desgranando sus recuerdos vitales de manera tan personal como convincente. Su idea de una *ética del tiempo* dice que una enfermedad atajada a tiempo ahorra más vidas, energías, recursos y esfuerzos que todas las baterías y ejércitos terapéuticos que se movilizan cuando ya es tarde. Al hilo de su programa para la prevención de las deficiencias mentales, sacó a colación las estrategias éticas que subyacen a las tareas educativas y de cooperación. No sólo el cambio climático, sino también el hambre en el mundo, sólo pueden atajarse si todos y cada uno de los ciudadanos comienzan a intervenir en su minúscula esfera de influencia *a tiempo y en la dirección adecuada* que es la que marca una nueva cultura para la paz. A este propósito citó *La declaración de Luarca*, promovida por Carlos Villán presente en la conferencia, y cuyo objetivo es que la ONU proclame el derecho humano a la paz como un derecho fundamental.

El Congreso fue clausurado por Don Valentín Ruíz, Viceconsejero de Seguridad, Emigración y Cooperación de la Consejería de la Presidencia, de Justicia e Igualdad del Principado de Asturias, a quien agradecemos desde estas líneas su apoyo y, sobre todo, el interés que la Consejería mostró por esta reflexión compartida. Desde la jornada de inauguración, en la que nos acompañó con su presencia y con un interesante discurso programático del Director de la Agencia Asturiana de Cooperación al Desarrollo, Jacinto Braña

Santos, el Instituto de Estudios por la Paz y la Cooperación se ha sentido alentado en sus esfuerzos por este acompañamiento institucional.

En esta era de la globalización los apoyos locales son más importantes que nunca. Y en este punto sí que tiene razón Sloterdijk cuando niega que el localismo tenga carácter reactivo o reaccionario: «El campo de fuerza local no es político en tanto que en él circulan afectos colectivos (si no, la política sería sólo la emanación de perfidias y agitaciones locales); es político en tanto que la colectividad, la ciudad o la nación (quizá también el grupo de naciones), es la realización de una voluntad, encarnada en su lugar, de, mediante la diferencia controlada de opiniones y pasiones, solucionar tareas reconocidas y someter a examen soluciones encontradas. Esto se consigue sólo cuando el lugar político proyecta hacia el futuro local-egoístamente y local-entusiásticamente a la vez; es decir, cuando el lugar es más fuerte que las ideologías y la comuna civil sigue siendo más atractiva que las sectas multinacionales que amenazan al Estado. Si no puedo sentir provincianamente, la política no me vale a mí como profesión. La *res publica* funciona sólo como parlamento de los espíritus locales. Sociedades de ciudadanos se vienen abajo cuando caen en manos de directivos de sectas e ideólogos transeúntes (Hitler fue el prototipo del extranjero que entre oriundos debilitados alcanzó el poder con grandes frases: como percibió Hermann Broch y lo escribió en la *Novela de la montaña*, que sigue siendo la teoría de más alcance sobre el fascismo). Los políticos de concepciones totalitarias del siglo XX han demostrado hasta dónde se puede llevar en pocos años la toma de poder de programas fantasmales a costa de las fuerzas de la inmunidad basadas en la polis y de los espíritus locales civiles»<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Meter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*, Editorial Siruela, Madrid, 2007, pp. 209-10